

CIERRE DE CAMPAÑAS... Y DE ÉPOCA

Es ahora lugar común considerar al trágico 2 de octubre de 1968 como el principio del fin del régimen de presidencialismo autoritario que surgió de la Revolución Mexicana. Pues bien, quizá también sea posible fechar ya el fin de ese largo principio: agosto de 1994. Lo que está por verse es la naturaleza de la nueva etapa; el tránsito hacia un nuevo sistema político mexicano bien puede ser ordenado y pacífico pero igualmente puede resultar caótico e incluso violento.

En este momento hay la certeza de que los mexicanos vivimos el fin de una época, el cierre de un régimen político. Desafortunadamente esa es la única certeza con que contamos, pues todo lo demás es un manojo de dudas. En efecto, al preguntarnos ¿qué es lo que sigue a la pérdida de vitalidad y viabilidad de la Presidencia omnipotente y de su partido de Estado, el PRI? resulta que no disponemos de una respuesta cierta. Para usar una variante de un símil en boga, resulta que el tren que debe traernos la democracia ya está cerca pero aún puede descarrilarse, pues el trecho que le falta por recorrer es corto pero difícil, y hay intereses que no desean verlo llegar.

A estas alturas es claro que el viejo autoritarismo mexicano ya perdió su viabilidad, pero aún le quedan fuerzas para arruinar el tránsito a la democracia. Herido de muerte por

la historia -la suya propia y la de la sociedad nacional e internacional que le dio vida y lo nutrió-, el viejo régimen mexicano aún puede dar un coletazo brutal y posponer un tránsito pacífico y ordenado a un estadio superior en nuestra cultura política: el del pluralismo democrático dentro de un Estado de derecho.

Volvamos al punto de partida: el del fin del régimen autoritario tal y como lo hemos conocido por generaciones los mexicanos. Es obvio que a partir de ahora ya no se pueda seguir reproduciendo el presidencialismo sin límites que fue la característica central de nuestro sistema. Los indicadores al respecto son muchos y evidentes, el más reciente es el cierre de las campañas presidenciales en la ciudad de México. En efecto, en este final de las campañas, se reflejó con toda claridad la conclusión de toda una forma de hacer política y el inició de otra.

El régimen que surgió de las cenizas del Porfiriato ganó su derecho a gobernar no por la vía electoral como lo hubiera deseado su líder, Francisco I. Madero, sino por otra muy diferente: la de las armas. Un decenio más tarde, y en un momento de crisis de liderazgo (1929), Plutarco Elías Calles logró dar forma a un partido de Estado, es decir a un partido que gracias al acceso irrestricto a los recursos del gobierno, tuvo todos los medios para imponerse a sus enemigos y a la sociedad en su conjunto, independientemente de lo que dijeran las urnas. En efecto, el PNR y sus sucesores -PRM y PRI- fueron

creados y estructurados no para competir electoralmente, sino para otra tarea muy distinta: para permitir al presidente en turno introducir orden y disciplina en la constante pugna de y entre las facciones y las corporaciones que formaban a la gran "familia revolucionaria". Y resulta que esta pugna interna tiene su calendario, y este es justamente el electoral. En efecto, son las elecciones las que marcan el ritmo del cambio de guardia dentro de la élite política. Así pues, las elecciones mexicanas han servido no para que el ciudadano elija a sus gobernantes sino para llevar a cabo el reacomodo periódico dentro del grupo que ya está en el poder.

A lo largo de los casi ocho decenios de autoritarismo ininterrumpido en el siglo XX, la sociedad mexicana ha cambiado y mucho. Como resultado de este cambio -demográfico, económico, cultural-, surgieron espacios que permitieron dar forma a una proposición, débil primero, pero fuerte ahora. Se trata, en realidad, de varias oposiciones -de derecha e izquierda-, que para sobrevivir y desarrollarse, debieron hacer como los salmones: nadando contra la corriente. Sin embargo, a raíz de la urbanización, la revolución en las comunicaciones, los cambios en el sistema mundial de poder y la gran crisis económica de los ochenta, esas oposiciones, pese al fraude, a la represión y a una condición permanente de competencia desigual, han logrado dejar las márgenes del sistema para colocarse en su centro.

El PNR-PMR-PRI no fue pensado para enfrentar a una oposición electoral verdadera, como la que hoy existe. En realidad, ese partido de Estado sólo funciona bien frente a una oposición simbólica, pues para mantenerse unidos, sus diferentes componentes necesitan siempre la certeza del triunfo. Es por ello que desde el principio al PNR-PMR-PRI le resultó imposible enfrentar el juego de una elección competitiva si usar los múltiples dados cargados: los recursos gubernamentales ilegales, el control de los medios e comunicación, el fraude y, llegado el caso, el crimen y la violencia.

El cierre en la capital del país el 13 de agosto de las campañas de los dos candidatos de la oposición real -Cuauhtémoc Cárdenas y Diego Fernández de Cevallos- aunque muy diferentes en el número de participantes -el PAN nunca ha pretendido ser un partido de masas- tuvieron un elemento en común: los participantes asistieron a sus respectivos eventos por su propia voluntad, por convicción, libremente. En ambos casos, las multitudes estuvieron formadas por militantes y partidarios reales; el entusiasmo y el compromiso de perredistas y panistas fueron auténticos. Contra ciertos pronósticos de sus enemigos, la cardenista fue una concentración que llenó la plaza mayor de México justo como en el 88. Perredistas y panistas sufragaron sus propios gastos de traslado y sin dificultad resistieron a pie firme los retrasos, discursos o lluvia.

El contraste de los cierres del PRD y el PAN con el del PRI, que tuvo lugar al día siguiente, es notable, y simbólico de las contradicciones de ese partido y del régimen del que es pieza central. Nadie dudó nunca que la concentración presidida por Ernesto Zedillo llenaría la gran plaza del centro de la ciudad de México. El PNR-PRM-PRI es una organización muy vieja y su maquinaria, estupendamente dotada de recursos materiales y humanos por el gobierno y por la red corporativa que le da sustento -sindicatos y empresarios- está hecha precisamente para eso, para llenar plazas, y vitorear lo mismo a Pascual Ortiz Rubio que a Lázaro Cárdenas, a Gustavo Díaz Ordaz que a Miguel de la Madrid o Ernesto Zedillo. Lo mismo llena una plaza para aplaudir la estatización de la banca que para recibir el mensaje neoliberal del presidente estadounidense George Bush. Ahora bien, una cosa es la presencia física de cientos de miles de personas en los mítines del partido del Estado, y otra muy diferente es su compromiso con ese partido, su programa y sus candidatos.

El domingo 14, Ernesto Zedillo aseguró, entre otras cosas, lo siguiente: "Postulamos una democracia fincada en elecciones limpias y legales, con equidad en la competencia... donde los partidos coexistamos sin confundir victorias con soberbia..." Sin embargo, en ese mismo momento los hechos contradecían de manera flagrante al discurso, como ha sido el caso desde el inicio mismo de la historia del partido del Estado. Para empezar, lo que le ha sobrado al PRI y a su dirigencia, es

soberbia, y lo que le ha faltado en todas y cada una de sus campañas es el sentido mínimo de la equidad. Y resulta que elecciones sin equidad no son elecciones limpias, son elecciones tramposas.

El día 14 de agosto, en el zócalo capitalino, el partido de Estado funcionó como siempre, con trampas. La masa que llenó la gran plaza llegó ahí como antes había llegado al cierre de campaña en Ciudad Victoria, Guadalajara o en otras partes: movida no por la convicción sino por la necesidad y la coerción. Veamos los reportes desde Ciudad Victoria: a 15 obreros de la maquiladora Packerd Electric se les descontó un día de sueldo por no haber asistido a un mitin de Zedillo (*Reforma*, 15 de agosto). Los de Guadalajara son iguales: el sindicato de trabajadores de radiodifusoras y televisoras advirtió a sus agremiados que su asistencia al acto zedillista era obligatoria. Los empleados de Transformadores Corey, con un sindicato afiliado a la CTM, debieron pasar lista ante sus dirigentes en el mitin so pena de perder un día de sueldo, y los ejemplos se pueden repetir *ad infinitum*. (Véase la crónica de Alberto Osorio en *El Financiero*, 14 de agosto). En el Estado de México, un trabajador del IMSS que se negó a trabajar como "defensor del voto" del PRI, perdió su puesto (Véase Miguel Angel Granados Chapa, *Reforma*, 15 de agosto). En la ciudad de México ocurrió exactamente lo mismo pero a lo grande.

De nueva cuenta, la prensa nos da detalles de cómo se logró la magna concentración priísta de cierre de campaña en el

Distrito Federal. En el mercado sobre ruedas de Polanco, Rosa del Amo, fue testigo de cómo la supervisora de ese mercado exigió a los vendedores su presencia en el mitin zedillista con "un mínimo de dos personas por puesto y la circular (que en ese momento les entregaba) sellada para el lunes"; el vendedor que no fuera corría el riesgo de perder su licencia (*La Jornada*, 14 de agosto). Ahí está, también, otro botón de muestra: el oficio del 8 de agosto de la Unión de Obreros y Empleados de las Industrias Dulcera, Harinera, Panificadora y Similares del Distrito Federal, ordenando a "todos los compañeros y compañeras de planta y eventuales" que "sin excusa ni pretexto" se presentaran a las 9:00 a.m. del domingo en la esquina de Motolinía y Madero para de ahí todos juntos partir a ocupar su lugar en la explanada del zócalo; "el trabajador (a) que no se presente se hará acreedor a las sanciones acordadas de antemano" (*El Financiero*, 15 de agosto).

Un corresponsal extranjero me informó ese mismo domingo 14, que él y otros colegas tuvieron la oportunidad de ver cómo un buen número de los convocados por el PRI, abandonaba el Zócalo una vez que habían pasado lista ante sus líderes y sin esperar a que Zedillo concluyera su discurso. Este corresponsal, al preguntar a algunos de los asistentes el motivo de su presencia al acto partidista, recibió respuestas como estas: somos vendedores ambulantes y estamos aquí porque sino, la líder, Alejandra Barrios, nos castiga impidiéndonos vender durante una semana.

Aunque no este tipificado en las leyes como tal, amenazar a obreros, empleados o vendedores con sanciones económicas para obligarlos a asistir a los mítines del partido oficial, es realmente un fraude, es atentar contra el interés nacional. El mantenimiento en México del estilo soviético de hacer política, impide ser optimista en relación a la transición democrática.

Pie de página: se sabe que en una reunión del 26 de julio con los embajadores de la Unión Europea, la más alta autoridad del país si su pronóstico sobre el resultado de la elección: 49 por ciento PRI, 31 por ciento PAN y 15 por ciento PRD. ¿Era ese un anuncio anticipado del resultado oficial? Por el bien del país, ojalá no.